

LA NOVELA SEMANAL



EL INSTINTO
Por Pedro Sondereguer.

PRECIO: 10 Centavos

Un modelo original en la casa de moda

A PRECIO DE RECLAME

ZAPATERIA



27 PERÚ 27
FLORIDA

Entre Avenida de
Mayo y Rivadavia

Unión T. 6974, Av.
Coop. T. 314, Cen.



Elegantísimo modelo de gamuza blanca con pasacinta de cabritilla o en cabritilla charolada, **17.50**
taco cubano Luis XV alto o bajo, el par

NOTA: Garantizamos todos nuestros artículos por ser confeccionados a mano por oficiales muy expertos y con materiales seleccionados de primera calidad.

Adrián Homar y Cia.

La Novela Semanal

Administración: **FLORIDA 248 - Buenos Aires**

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL

LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: **C. CHECHI FLORIDA, 1408**

Agente en Rosario: **CELEDONIO ECHAVE S. Lorenzo, 1280**

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA
E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
2. **La Huelga**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria)
3. **Artemis**, de Enrique Larreta
4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
5. **Luna de Miel**, de Manuel Gálvez
6. **La psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Don Juan y Werther**, de José Ingenieros
8. **El Cofre de Ebano**, de Alejandro Sux
9. **Un peón**, de Horacio Quiroga

El Lunes próximo se publicará

LA EVASIÓN

de **BENITO LYNCH**

Autor de "Los Caranohos de la Florida" publicada en "La Nación"

SUCESIVAMENTE

12. **La Ciudad del Amor y la Muerte**, de Julian de Charras

Celebrado escritor argentino y colaborador de:
MUNDO GRAFICO, BLANCO y NEGRO y LA ESPERA de Madrid

13. **El Babú de Naranyana**, de Carlos Muzzio Saenz Peña

conocido orientalista y autor de trabajos importantísimos sobre **LA INDIA y SUS MISTERIOS**

Precio: 10 CENTAVOS para todos los números



NEOLAXAN

LAXANTE - TÓNICO - VEGETAL

El único laxante que no produce hábito, irritaciones ni dolores.

Remedio eficaz contra la constipación intestinal y perturbaciones digestivas.

Depositorio General:

RAUL ALMEIDA - Lavalle 1059 - U. T. 3316 Lib.

Té Nectar

El preferido por las familias

De superioridad indiscutible

Cognac Martell

Ginebra Nectar

Whisky Old Smuggler

¿Quiere librarse de las goteras?

Facilmente y para siempre empleando

Masilla Labory

ÉXITO GARANTIDO

Pidan Catálogo N.º 2

U. T. 5460, Avda.

UNICOS IMPORTADORES

MOORE Y TUDOR

750 - MORENO - 750

EL INSTINTO

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

PEDRO SONDEREGUER

Alrededor de la mesa nos hallábamos seis hombres y una mujer, que ocupaba la cabecera. Era ésta una viuda que contaba algo más de cincuenta años. Su marido había sido uno de los políticos más notables de su época. Desde joven, aquel hombre se había destacado entre todos los de su generación. De gran cultura, de palabra fácil, de vasta inteligencia, impuso su nombre desde el primer momento. Sus ideas audaces y nuevas y la profundidad de sus miras llamaron la atención sobre él, conquistándole en breve el respeto de la mayoría y la admiración entusiasta de muchos. De carácter reconcentrado y taciturno, como el de todos los ambiciosos que aun no han realizado sus más graves anhelos, era un silencioso. Se inició siendo jefe de grupo, convirtiéndose en poco tiempo, en jefe de partido. A pesar de la incondicionalidad de sus adeptos, nunca los ofendió con una palabra de reproche o un gesto imperativo. Como quiere el célebre consejo, era hombre de suaves procedimientos y resoluciones inquebrantables. De fe honda en sí mismo, no se le vió

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**PIDANSE A LOS VENDEDORES DE DIARIOS
LOS NÚMEROS ANTERIORES**

jamás desanimado. Su vanidad inexorable lo defendía como una coraza contra la ingratitud y la traición, pan de cada día en la vida pública. Sabio conocedor de las almas, la ingratitud y la traición no le encontraron jamás desprevenido. Esto constituía su mayor fuerza. Desempebó con éxito ruidoso en varias ocasiones carteras ministeriales y cuando todo el país cifraba en él sus esperanzas fué vilmente asesinado. El destino termina todas las grandes vidas en tragedia, como si el brillo de una existencia fuera una culpa que debiera pagarse con dolor o con sangre. Es la justicia incomprendida de la naturaleza, que castiga a la superioridad, que es la excepción, por considerarla una tentativa de liberación de sus leyes.

La comida había transcurrido en silencio. Algo pesado sobre el espíritu de cada uno, preparándolo por reacción para las más dolorosas confidencias. Era uno de esos momentos que la ciencia no sabrá nunca explicar, pero que todos los seres humanos conocemos por experiencia. Hasta el infatigable hablador Carlos del Pozo, había permanecido mudo. La casualidad, esa cosa a que nuestra ignorancia atribuye tantos milagros, había reunido en torno de aquella mesa a un grupo de personas venidas de los cuatro puntos cardinales, cada una de las cuales — excepto yo, que era muy joven — tenía en el rostro las huellas de una absorbente pasión extinguida o de una de esas penas que se sobrellevan en secreto y que nos torturan siempre. Eran todos hombres de esos que triunfan en el mundo y que suelen provocar la envidia de las gentes superficiales. Las gentes profundas no envidian porque presienten el dolor que cuesta cada victoria.

Se hallaba allí un banquero riquísimo, Anthony Silverfield, de quien se afirmaba que había estado recluido en un manicomio de Sidney. Ni yo, a pesar de mi juventud, vale decir, mi imprudencia, me había atrevido a interrogarle al respecto. Por lo demás, en nuestras pláticas nadie hablaba jamás de la locura. Un ministro plenipotenciario, Augusto Campo Verbel, nos contaba de cuando en cuando alguna aventura de amor o el obscuro desarrollo de un intriga diplomática. Entre todos se distinguía por lo extraordinario de sus relatos un judío nacido en el mediodía de Europa: Conrado Brassa, geógrafo y explorador. Carlos del Pozo, médico excelente, era un hombre que llevaba más de un crimen científico sobre la conciencia. Perpetuo experimentador, no vacilaba en sacrificar una vida humana para hacer un ensayo. Debido a su temperamento, agravado por una delicada educación doméstica, cada uno de sus delitos le causaba amar-

gos remordimientos. Afortunado en amores, siempre tenía una amante por abandonar o una en perspectiva. Hablaba mucho a mi juicio para aturdirse. Juvenal Reyser era un abogado ambicioso con aficiones periodísticas, temible por su cinismo y su habilidad en la intriga. La dueña de casa, Amalia de Vegairene, era como he dicho, una viuda en un tiempo millonaria que había dedicado casi toda su fortuna a obras de beneficencia. Yo, finalmente, era un estudiante de ingeniería expulsado de la universidad por mala conducta. Se me toleraba en aquella sociedad de gentes graves, porque Conrado Brassa y Augusto Campo Verbel se habían constituido en fiadores de mi discreción y talento, asegurando que tenía un porvenir brillante en el mundo de los negocios. En aquellos días y antes de convertirme en viajante de comercio, lo que ahora soy, consumía tranquilamente la modesta fortuna que me dejó mi padre.

— Me preocupa en estos momentos — dijo de repente Carlos del Pozo — una mujer vulgar. Es esposa de un individuo fracasado, con pretensiones de industrial y de inventor, a quien conocí en mi época de estudiante. Esta joven, pues no llega aun a los treinta años, me coqueteó durante muchos meses hasta que por fin obtuvo que fijara mi atención en ella. La cosa comenzó trivialmente. Un día le pasé la mano por el pelo, un pelo abundante y negro con las puntas doradas. Usa un perfume suave en su cabellera, lo que me apasionó un tanto. Compuse unos versos mediocres que le gustaron mucho.

— No hay verso por malo que sea — murmuró Juvenal Reyser — que no agrade a la mujer en cuyo elogio se hace. La vanidad es el peor enemigo del buen gusto.

— Después de muchos días — continuó el médico — en que seguí perseverantemente aquella vulgar conquista, mi mano había tocado todos los misterios, no sin ciertas fingidas esquivas de la dama, y mi boca había besado una boca grande, pero fresca, una frente hermosa no muy blanca y una nuca deliciosa. El beso en la boca costóme trabajo conseguirlo. Aquella joven piensa que una mujer que se deja tocar y se deja besar en todos partes menos en la boca, no comete pecado de infidelidad a su marido. Pasamos muchos meses en íntimos esparcimientos, pero nunca se produjo la total y definitiva caída. Faltó la oportunidad. Nunca estuvimos exentos del temor de algún testigo. Recuerdo una vez, en la época de nuestra mayor intimidad, en que me encontré sentado en un sofá entre esta joven y otra, también casada, que había sido amante mía. Aquellas

dos mujeres hablaron de la fidelidad matrimonial y, como cada una ignoraba la secreta situación de la otra conmigo, dijeron cosas que me resultaron sabrosísimas.

— Pero ¿qué es lo que le preocupa a propósito de esa mujer? — preguntó Conrado Brassa, curioso.

— Muy sencillo. Ultimamente la joven ha empezado a esquivarme, y, si es que mi ignorancia del alma femenina no es completa, no podré vanagloriarme de haberla tenido plenamente.

— Es una simple historia — dijo Augusto Campo Verbel, con una sonrisa, — digna de un segundo secretario de legación. Eso no debe preocuparle. Usted logró despertar el instinto carnal de esa señora, provocando su deseo; mas, como no pudo satisfacerlo, el deseo murió por exceso de intensidad y por cansancio..

— Quizás — comentó Juvenal Reyser — otro más hábil, más audaz o con más suerte, se interpuso en el momento propicio y le arrebató la presa.

— La explicación es aceptable — dijo pausada y dulcemente Amalia de Vegairene; — sin embargo, pudiera no ser la verdadera. No olviden ustedes que la mujer quiere más después que antes de la entrega, modo de ser que la diferencia en absoluto del hombre, a quien sucede precisamente lo contrario. Es muy posible que esa señora, no habiendo su instinto alcanzado toda su violencia, por faltarle el alimento completo y necesario a su cariño, se ha contenido a tiempo por lástima a su esposo o a consecuencia de una maniobra inteligente de éste.

Anthony Silverfield, que había permanecido en tenaz contemplación de una cucharilla de café con la que su mano jugaba distraíentemente, murmuró después de respirar con fuerza:

— El instinto!... ¿Qué saben las mujeres de eso? Jamás el instinto alcanza en la mujer la violencia que en el hombre.

— Oh! Muchas veces supera el instinto femenino al masculino — repuso Amalia de Vegairene y en su voz había una honda emoción, como si penosos recuerdos dieran para ella un extraordinario valor a sus palabras.

— Voy a contarles un caso — exclamó el banquero con los ojos muy abiertos y tan brillantes que obligaban a pensar en el manicomio de Sydney. — Tenía yo veinte y dos años y estaba fanáticamente enamorado de una muchacha tísica. Era una pasión de viejo arraigo, que nos amábamos desde niños. Cuando el mal que la consumía se le declaró abiertamente, yo hice todos los esfuerzos imagi-

nables para contagiarme. La besaba largamente en los labios en el ansia de darle la vida con mi vida o de recibir la muerte de su muerte. Todo fué inútil.

—Dios le tenía destinado a hacer millones — apuntó Juvenal Reyser, entre dientes.

Anthony Silverfield, que en ese instante no escuchaba más que a su propia conciencia, prosiguió:

— La enfermedad tuvo su desarrollo conocido y mi prometida entró por fin en el grave período que precede a la muerte. Dormía poco y alguien debía hallarse continuamente a la cabecera de su lecho. Una noche, la noche más dolorosa y horrible que he pasado, comprendiendo que su madre y sus dos hermanas estaban demasiado fatigadas, ofrecíme para velar a la querida enferma. Aceptose mi ofrecimiento, si no con júbilo, con gratitud. Coloqué una silla al lado de la cama. Tomé una de las manos de la mujer entre las mías e iniciamos una pequeña charla indiferente. Su mano era una brasa. La palidez de su rostro me asustaba y me atraía. Hablamos poco. De pronto algo más fuerte que todas las cosas de la tierra, porque es una manifestación de la Vida que no acaba nunca, de cuya inmortalidad las vidas de los seres no son más que etapas accidentales, se alzó en nuestras entrañas. La soledad fué cómplice y el silencio un instigador. Realizamos un doble sacrificio: yo sacrifiqué mis escrúpulos de hombre de honor y ella sus escrúpulos de enferma. Lo que debía de ser fué. Cuando volví a sentarme no había en el lecho más que un cadáver.

Estábamos horrorizados y no hicimos el más ligero comentario. Hasta Juvenal Reyser, no obstante su cinismo y su impavidez de hombre ardido en todos los infiernos de la ambición y el mal, permaneció mudo.

— Después de mi derrota ante el instinto — continuó el banquero — quedóme en el alma el cruel remordimiento por haber precipitado la muerte de la que amaba y en el cuerpo un extraño olor que no me abandonó por mucho tiempo. Era el olor de la muerte. Hice esfuerzos inauditos por desprenderme de él. Usé los perfumes más penetrantes y fuertes, me di baños extravagantes, me sometí a los tratamientos más severos, viajé, cambié de costumbres y gustos. Finalmente, en Sydney, una mañana eché a correr por la calle principal de la ciudad, huyendo del implacable olor torturante. Lo que pasó después no lo recuerdo. Cuando salí del hospicio donde me recibieron vine a este país, con la poca fortuna que me quedaba y me

lancé sin vacilar, como ustedes saben, al movimiento absorbente de los más arriesgados negocios.

Como las confidencias provocan confidencias, todos teníamos en la memoria el recuerdo de una aventura secreta (¿quién en su existencia no tiene algo que ocultar?) y estábamos ansiosos de narrarla. Conrado Brassa se nos anticipó.

—Creo — dijo — que efectivamente el instinto sexual adquiere en el hombre mayor violencia que en la mujer. En cambio hay en la mujer instintos que no son superados en intensidad por los de ningún otro ser en el planeta. Contaba yo poco más de quince años. Ibamos con mi hermana mayor, recién casada, en un mal buque de vela rumbo a Nueva Zelandia, donde mi padre y mi cuñado acababan de establecer una casa de comercio. Naufragamos y, como los personajes de una de esas novelas que hoy no leen más que los niños de escuela, fuimos a parar a una isla desierta. Solos en aquel pedazo de tierra desconocida, mi hermana y yo llevamos a cabo cuanto era necesario para encontrar medios de subsistencia. Al fin de dos meses nuestra existencia estaba organizada. Entonces comenzó para mí un verdadero martirio. Las leyes de la especie reclamaban de mí su cumplimiento. Debido a la severa educación que recibiera bajo la vigilancia de mi madre y de una tía devota, era supina mi ignorancia en ciertas materias. Sufría profundamente. Dormía poco. Pasaba los días vagando por los bosques magníficos de la isla o tendido al pie de algún árbol cuya sombra ofrecía un dulce refugio a mi tortura. La vista de un nido producíame extrañas sensaciones y despertaba en mí no se qué ansias formidables.

Nadie osaba interrumpir al narrador. Amalia de Vegairene, que se pasaba de cuando en cuando el pañuelo por los ojos, estaba más pálida que nunca, y Augusto Campo Verbel, que sólo conocía las mentiras de la diplomacia y las crueldades de la política, estaba asombrado ante el espectáculo que le brindaban aquellas almas salvajes puestas al desnudo en un instante de sinceridad inexplicable. Yo pensaba que no hay nada más turbio que el fondo del espíritu de las gentes graves.

— Mi hermana — continuó el geógrafo — debió seguir con indescriptible angustia el proceso de mi desesperación. Después de vacilaciones que sólo ahora adivino, después de mil sufrimientos que sólo más tarde he alcanzado a comprender, y una vez convencida de la perpetuidad de nuestro destierro, mi hermana efectuó el sacrifi-

cio más grande y más doloroso que puede realizar una mujer en este mundo. Mas no fué eso todo lo que hizo. Subió algunos grados más en su horrible grandeza. Permanecemos en nuestra isla cerca de tres años, al cabo de los cuales un barco que se había desviado de su ruta para escapar a un temporal, descubrió nuestra presencia. Del buque se desprendió un bote que fué a recogerlos. Cuando nos dirigíamos a bordo, hallándonos a la mitad de la distancia entre el barco y la playa, mi hermana se arrojó al agua, haciéndome así el más noble de sus sacrificios. Fué imposible salvarla. Al envejecer me he explicado la razón de aquel suicidio. Aquella mujer, dados su educación y sus antecedentes, no debía volver a la vida civilizada con culpa tan terrible en la conciencia.

Amalia de Vegairene estaba lívida.

— Quien sabe — murmuró — si esa señora, que realizó tan amargo sacrificio para satisfacer el instinto de un ser querido, no fué subconscientemente empujada por su propio instinto.

— El problema más importante que surge del relato de nuestro geógrafo amigo es el del incesto, no es el del instinto — observó Augusto Campo Verbel.

—El incesto — manifestó Carlos del Pozo — es sobre todo un problema moral, lo que quiere decir que nos interesa poco en este instante. El modo de juzgarlo varía de pueblo a pueblo, de siglo a siglo, de raza a raza. El grado de cultura de un hombre puede conocerse siempre por su opinión acerca de este problema. El horror al incesto no es una cosa natural en los seres humanos. En ciertas tribus indígenas de América el padre tiene uno a modo de derecho de prioridad sexual sobre las hijas. La unión del hijo con la madre no es muy frecuente entre los salvajes, no precisamente por razones morales, sino por razones fisiológicas: la mujer vieja carece de atractivos. Además, esa unión tiene en su contra la profunda sabiduría de la naturaleza, que no tolera actos inútiles. La especie se defiende y rechaza todo acto que no contribuya a su fin primordial, que es la perpetuación. Como todo precepto moral o religioso tiene por objeto, fundamentalmente, corregir algo perjudicial a la especie o la sociedad, puede asegurarse que la reprobación del incesto se origina en el antiguo error de creer que las uniones entre consanguíneos hacen degenerar la raza. Pero estoy divagando, alejándome de nuestra cuestión. Hablábamos del instinto sexual.

— Los instintos — afirmó Juvenal Reyser — son las fuerzas primordiales de la naturaleza. Todas las demás son secundarias y auxi-

liares. De todos los instintos el más exigente, el que está por encima del bien y del mal, es el que tiende a conservar la especie. Cuando la naturaleza quiere que nazca un nuevo ser no hay nada que pueda impedirlo. Todas las prohibiciones, todos los mandatos, todos los prejuicios, caen vencidos ante el impulso que junta un sexo con el otro. Nosotros, pobres muñecos, que creemos en el libre albedrío, en la libertad de pensamiento, en la libertad de conciencia y en tantas otras libertades que sólo existen en nuestra fantasía, buscamos palabras extrañas para disfrazar esta atracción imponderable, a la que suponemos substraernos por el hecho de cambiarla el nombre. La amistad entre personas de distinto sexo siempre es la antesala del amor, lo que no significa ciertamente que no se pueda uno quedar en la antesala. Somos simples juguetes en manos del instinto. No hay educación, no hay energía de carácter, no hay consideración de orden moral o religioso, que impidan a un hombre y a una mujer cumplir en el momento propicio su misión esencial en el planeta. El miedo, manifestación de un instinto, suele impedir algunas uniones. Sólo un instinto puede vencer a otro instinto y ésto únicamente en individuos de temperamento debilitado por el ambiente o por la herencia. Pero esas son victorias esporádicas que no cuentan. La naturaleza no sabe de religión ni de moral, así como no se preocupa de arquitectura, ni de pintura, ni de música, ni de nada de eso a que tanta importancia atribuímos los míseros humanos. Lo que le preocupa es la conservación de las especies y los mundos, porque esto importa su propia conservación. Nosotros hemos descubierto algo que llamamos pretenciosamente leyes de la naturaleza y hemos inventado las matemáticas y la física, la química y la estética, elaborando en definitiva una cosa que apellidamos civilización, que nos desmejora y nos empobrece de voluntad y de vida. Mas la naturaleza, que ignora las leyes que le suponemos, desencadena oportunamente ciclones, tempestades, terremotos y guerras, para defender sus fueros. La guerra despierta todos los instintos, esto es, nos vuelve al estado de naturaleza, restableciéndonos en la plenitud de nuestro ser. La guerra produce una especie de rejuvenecimiento.

Anthony Silverfield, que, después de su terrible confidencia, había guardado un silencio tenaz, murmuró entonces:

— La civilización se señala por la lucha sorda contra los instintos; pero éstos recuperan de tiempo en tiempo sus bríos, en el individuo o en la humanidad, y la civilización se tambalea. Convie-

ne, por lo demás, que esto suceda así. La victora sobre un instinto concluye siempre en un suicidio. Vencer el hambre, mata, y si todos los humanos triunfáramos del instinto sexual sobrevendría el suicidio de la raza. Si la victoria sobre la carne, esa pobre carne tan despreciada y tan grande, se hiciera universal perecería todo lo que en los mundos tiene alma, porque la carne es espíritu.

Hizo una pausa, añadiendo:

— Suele acontecer, y esto demuestra que la naturaleza no tiene más sabiduría que la voluntad de perdurar, que satisfacemos ciegamente nuestros instintos, lo que es contrario a su razón de ser. Así se explica mi desatinada aventura y esas extravagantes uniones de jóvenes y ancianas inútiles ya para la procreación de que están llenas las crónicas galantes. Sin embargo, forzoso es reconocer que estos errores de la naturaleza no son sino excepciones. La voluntad de perdurar, energía esencial del universo, se equivoca pocas veces. Vese, por ejemplo, a los viejos, que con mujeres de su edad producirían encuentros ineficientes, perseguir con tenacidad a las jovencitas, como si, guiados por una inmanente disposición superior, tratasen de hallar en el sexo contrario la fuerza que ya les falta para creaciones perfectas llamadas a reemplazar eficazmente las bajas constantes ocasionadas por la muerte.

— Yo no entiendo de filosofías — dijo Amalia de Vegairene con un acento plétórico de una tristeza recóndita, — ni jamás he cavilado sobre las leyes de la naturaleza en que no cree nuestro excelente amigo Juvenal Reyser; ni me he preocupado de saber si es de la civilización, resultado evidente de nuestro deseo de emancipación de esas leyes fatales, la culpa de que nuestros instintos se equivoquen; ni me importa averiguar si los irracionales se equivocan poco en la función de sus instintos a causa de que no son civilizados o a causa, por el contrario, de que, habiéndolo sido demasiado, convencieron de la inutilidad de todo esfuerzo por la mencionada emancipación, resolviéndose a tornar al estado primitivo y gozar de una felicidad resignada. Lo que sé, no por reflexión, sino por experiencia, no por observación de ajenas vidas, sino por fuerte dolor sufrido en alma propia, es que el instinto en toda persona sana es avasallador e incontenible. Ante su potencia, la voz de la sangre es un mito y la moral, aburrida cavilación de desocupados. Después viene el remordimiento.

Estas últimas frases, de concatenación imperceptible, nos dieron a comprender que aquella mujer vivía un momento de sinceridad hon-

da y penosa. El rostro de Amalia de Vegairene, generalmente pálido, había adquirido un desagradable tinte verdoso. Sus arrugas se contrajeron, ahondándose, sombreándole las facciones, como si la piel se hubiera recogido en sí misma. Sus pupilas fijas, bajo los párpados inmóviles, miraban sin ver a cualquier parte. Sus dedos, un tanto rígidos, pasaban y repasaban sobre un doblez de la servilleta, tal si estuvieran empeñados en que éste no desapareciese nunca. Al fin, con voz gutural, mas siempre dulce, comenzó:

— La vida es un largo camino empedrado de pequeños crímenes cometidos sin pesar y a veces sin conocimiento. Las gentes vulgares llegan hasta el fin sin haber cometido, más que delitos insignificantes, que si bien es cierto pueden tener efectos trascendentales, no ejercen sino una influencia refleja sobre su destino; pero hay gentes excepcionales que a la mitad del sendero llevan a cabo una pésima acción irremediable que cambia definitivamente el curso de su vida. En ocasiones esa acción constituye una especie de muerte, pues se deja de vivir en el amplio sentido del vocablo, que implica renovación, creación, lucha por un fin determinado. La existencia, que no acaba, porque no conviene a los designios de Dios, se convierte entonces en un continuo girar enervante alrededor de un doloroso recuerdo. Yo tengo la desgracia de ser una de esas personas de excepción. Desde hace cerca de veinte años no hago más que vegetar. He donado casi toda mi fortuna, no por caridad, no por deseo de redimirme, sino por un sentimiento semejante al que induce a uno a tirar el cabello que se corta. Yo no soy buena. Lo que hay es que ya he hecho todo el mal de que era capaz. Solo que ese mal lo he hecho contra mí, misma. Ningún ser humano ha sufrido por una deliberada manifestación de mi voluntad. Pero advierto que me alejo del asunto. Si ustedes me lo permiten, ilustraré mi afirmación sobre el instinto narrando el suceso culminante de mi vida.

Se produjo una silenciosa espera. Hallábame en un estado de curiosidad indescriptible. Era casi ansiedad. Hasta entonces yo había sentido por Amalia de Vegairene respeto y afecto, pero en aquel instante comencé a admirarla. La sinceridad, por ser tan rara, ha provocado siempre mi admiración. Observé a mis compañeros de mesa. Augusto Campo Verbel, el hábil diplomático, el hombre discreto por oficio, estaba asombrado, tanto que parecía estupefacto. Conrado Brassa y Carlos del Pozo meditaban. Juvenal Reyser ha-

bía perdido su habitual aire cínico y en la boca del excelente Anthony Silverfield se adivinaba una sonrisa.

— Sabrán ustedes por haberlo oído decir — continuó Amalia de Vegairena, — que mi padre era un rico hacendado, activo y enérgico y con la clásica bondad del pan. Mi madre, aunque no era mala, tenía un orgullo desmedido, que hacía creer a las personas superficiales que era una mujer de carácter. Recibí lo que se llama impropriadamente una educación esmerada. Mucho bordado, mucho piano, mucho canto, varios idiomas; pero de las cosas de la vida, esas que hay que resolver o de que hay que defenderse a cada paso, nada. Una mañana me desperté mujer y por ignorancia, por vergüenza y por miedo, miedo y vergüenza productos de aquella ignorancia, cometí numerosos errores que pagué más tarde con afecciones graves. Los misterios de mi sexo los aprendí a traición con penosas consecuencias. Tenía yo catorce años. Un petimetre audaz, a quien yo atribuía virtudes amadísiacas, con la complicidad de una sirvienta venal, se aprovechó de mi esmerada educación y, tras una escena inolvidable por lo estúpida, quedé en cinta. Mi madre advirtió pronto mi estado y su orgullo la hizo sufrir horriblemente. Me trató de tal modo, me maltrató tanto moralmente, que llegué a creer que me odiaba. Sin pensar que gran parte de mi culpa era culpa suya, puesto que me había dejado abandonada en mi ignorancia, me recriminaba constantemente y me dirigía los dicerios más hirientes del lenguaje. No hay nadie más irrazonable que una mujer herida en su amor propio. Me martirizó más con su conducta que todos los remordimientos que yo pudiera experimentar por lo que ella llamaba mi falta en tono desesperado. Pasados algunos días y ya enterada del nombre del seductor (así apellidaba al que a mi juicio no era más que un traidor), mi madre se encerró conmigo en mi dormitorio para decirme que, no debiendo casarme con aquel hombre por ser un holgazán y sobre todo por ser de posición inferior, era necesario evitar el escándalo.

— Evitar el escándalo! — exclamó Juvenal Reyser. — Alrededor de esa frase se puede escribir todo un tratado de moral, de la moral inmoral que respeta la mayoría de los hombres. Se conserva el honor mientras se evita el escándalo. El honor consiste, no en la propia estimación, no en la propia altanera convicción de integridad, sino en conseguir que nadie sepa nuestra mezquindad y bajaesa. El honor es una simulación basada exclusivamente en la opinión de los demás.

— El honor — dijo Anthony Silverfield — como todos los inventos morales humanos, carece de consistencia. Es algo que no resiste el menor análisis. Los pensadores hoy desprecian el tema por la misma razón que un dandy desprecia un harapo. Para los grandes hombres, el honor es una farsa cruel. La primera condición de la grandeza auténtica es el desdén por la opinión ajena. El honor es el círculo de hierro que se traza en torno de los espíritus débiles para mantenerlos sin esfuerzo dentro de la situación que a los demás conviene. El honor es el dogal del alma.

Amalia de Vegairene sin hacer caso de aquellas audacias, prosiguió:

— Mi madre resolvió que con cualquier pretexto partiéramos a una aldea distante, ya que el embarazo estaba demasiado avanzado para provocar un aborto. Mi padre, como todos los buenos, fué fácilmente engañado. Fingiendo necesitar un cambio de aire, necesidad por mi palidez justificada, nos marchamos, mi madre y yo, a un pueblo lejano. Nos instalamos en Loreto con todas las precauciones y reservas que exigía la situación. A su debido tiempo nació mi hijo, un hermoso muchacho que mi madre entregó a la mujer de mejor reputación que había en la aldea. La sirvienta venal, cómplice de mi falta, que nos había acompañado, permaneció en el pueblo para servir de intermediaria entre mi madre y la aldeana encargada del niño. Abreviaré. Pasaron varios años. La sirvienta intermediaria murió y poco después murió mi madre. Mi padre, enfermo y temeroso de dejarme sola, pensó en casarme. Yo tenía fama de bella.

— Y en efecto lo era — interrumpió Carlos del Pozo, para quien resultaba un verdadero martirio la prolongada atención, con que él lo mismo que nosotros, seguía el relato de nuestra desgraciada amiga.—La conocí en esa época: ¿se acuerda usted? Amalia de Vegairene era entonces una joven de mediana estatura, delgada, rubia, elegantísima. Se la consideraba la mujer más bella y de mejor gusto para vestir de la ciudad. Sus ojos, de un azul profundo, se perdían en la cuenca bajo las finas cejas como dos oscuras perlas en dos conchas sombrías. Eran ojos de matices crepusculares sumergidos en la especie de sombra que proyectaba sobre ellos la frente blanquísima. De aquella penumbra surgía una mirada solar que hacía soñar que el oro de los cabellos se había vuelto diáfano y luminoso pasando a las pupilas. Tenía Amalia de Vegairene la cabellera más hermosa del mundo. De un rubio indescriptible, daba la sensación de una cosa irreal y divina. Tocarla habría parecido una profanación. Nunca fué más

exacta la comparación del nimbo que aplicada a aquella cabeza de extraordinario encanto rodeada de un cúmulo de estrellas en flor.

— La admiración le impele a usted a acudir a similes criticables. Cualquiera diría que estuvo usted enamorado, — observó Conrado Brassa.

— Algo de eso hubo, — dijo la mujer sonriendo.

— Lástima, — murmuró Juvenal Reyser — que la nieve haya apagado la estrella.

— Su cuerpo — volvió a decir Carlos del Pozo — no se puede describir sino calificándolo de maravilla. Delgado, fino, sin un ángulo, con algo de la serpiente y mucho de la clásica palmera; era un milagro de gracia, flexibilidad y armonía. Para aumentar el hechizo Amalia de Vegairene vestía con cierta diabólica elegancia y un lujo un tanto excesivo, aunque sin degenerar jamás en mal gusto.

— Está usted haciendo una pintura terrible. ¿Me guarda acaso rencor por algún acto mío de entonces?

Al pronunciar estas palabras el rostro de la mujer se iluminó como por el influjo de un gozoso recuerdo. Carlos del Pazo añadió:

— Nuestra mesa es esta noche de anfiteatro y estamos haciendo autopsias. Procedemos noblemente, porque nos estudiamos a nosotros mismos, estudiando en nosotros a la humanidad. Tornemos a nuestro tema, ya que estas remembranzas me proporcionan un extraño placer, signo evidente de que me voy volviendo viejo. Tenía Amalia de Vegairene manos y pies sencillamente únicos. Jamás he visto manos y pies más bellos en mi vida. Yo, que entonces escribía versos tan malos como ahora, compuse en su elogio este soneto:

Tu rostro erubesciente de virgen margravesa,
Tus formas estatuarias de sílfide amorosa
Y tus gloriosas manos de divinal diablesa,
Hiciéronme tu esclavo, haciéndote mi diosa.

Eres mi diosa y quiero morir de tu belleza,
Quiero morir mirando tu frente prodigiosa.
¡Conviértete en cultrario e inmólame, princesa!
Para matarme tienes tu vista milagrosa.

Mas antes de que expire me das tus blancas manos
Para poner en ellas mis besos pasionales.
Después los pajarillos (mis líricos hermanos,

Los pobres soñadores de mundos misteriales)
Visitarán mi boca para libar ufanos
La miel que allí dejaran tus manos imperiales.

— Lo que es como riqueza de rima, ese soneto no deja nada que desear, — murmuró irónico, Juvenal Reyser.

— Esperamos, — dijo Augusto Campo Verbel, dirigiéndose a Amalia de Vegairene, — que prosiga usted su narración.

— Mi padre resolvió casarme y entre todos mis pretendientes eligió a un político joven y ambicioso que comenzaba a destacarse. Era diputado y atraía la atención por la audacia y la originalidad de sus propósitos, por la elocuencia de sus discursos y por la austeridad de su carácter. Tenía treinta años y se llamaba, como ustedes saben, Julio Emilio de Vegairene. Yo, que no le amaba, no queriendo oponerme a la voluntad de mi padre, me procuré una entrevista con el elegido, resuelta a hacerle abandonar sus pretensiones y hasta a confesarle mi falta, si era necesario. Hablamos por espacio de dos horas. Apelé a todos los argumentos, le expresé con brutal franqueza que no le amaba ni le amaría nunca, le dije que había tenido un hijo. Todo fué en vano: aquel hombre estaba decidido a que fuera su mujer. Yo convenía a sus ambiciones. Con amabilidad, casi con dulzura, sin abandonar el tono de superioridad complaciente que empleó siempre al conversar conmigo, me manifestó que estaba persuadido de que le amaría con el tiempo y en cuanto a lo del hijo, me declaró que era una falta excusable, dadas mi edad y mi ninguna experiencia. Impotente para luchar contra aquel hombre, en quien adivinaba un amo, y lo fué, y contra los firmes deseos de mi padre, me dejé casar. Por lo demás, no fué un sacrificio muy grande, porque en aquel momento no quería a hombre alguno sobre la tierra.

La mujer, al decir esto, dirigió a Carlos del Pozo una mirada llena de gracia maliciosa, elocuente como una sonrisa.

— Transcurrieron quince años. continuó. — Mi marido, talentoso, enérgico, perseverante y dueño de un poder magnético extraordinario, escaló todas las cumbres. Jefe de un partido importante, estaba rodeado constantemente de numerosos admiradores. Hasta yo llegué a admirarle. El cúmulo de sus tareas le obligó al fin a buscar un secretario, tomando para dichas funciones a un estudiante de veinte y tres años que le recomendó un amigo. Horacio Garza era lo que nosotras las mujeres denominamos un buen mozo. Alto y fuerte, de mirada expresiva, de fina inteligencia, de maneras cultas, atraía

desde el primer instante. Yo había alcanzado una hermosa madurez. En mi rostro no había un arruga, mi cuerpo seguía siendo delgado y flexible, y el oro de mis cabellos conservaba su brillo magnífico.

— La mujer que al acercarse a los cuarenta años conserva intacta su belleza se vuelve sumamente peligrosa, sobre todo, para un joven que apenas pasa de los veinte — comentó Augusto Campo Verbel. — Posee entonces toda la ciencia de su sexo, conoce todas las artes de seducción y, como además no ignora ninguna de las debilidades masculinas, las aprovecha y explota en beneficio suyo con habilidad y con talento. A esa edad se convierte en un verdadero genio de la seducción. Es el amor la única actividad humana en que la mujer ha manifestado la genialidad. Excepcional estratega, despliega oportunamente sus encantos y economiza con tino insuperable sus esfuerzos y sus fuerzas. Táctico inmejorable, ataca en el momento preciso y en el punto más débil de su eterno adversario. Sabe brindar y sabe resistir, sabe entretener y sabe provocar, sabe rechazar y sabe caer. La caída es la parte más importante de su ciencia endemoniada. Daría tema para todo un tratado de psicología. Nada deja al azar. Prepara el instante con una prudencia extraordinaria, sin permitir que se produzcan hechos eventuales. Vence a la casualidad. Elige el lugar y la hora, con iguales precauciones que un general que va a librar una batalla decisiva, y para colmo de su diabólica sabiduría inventa una a modo de virginidad moral, ya que física es imposible, para ofrecerla a la víctima escogida. Para substraerse a una seducción semejante no hay más que un medio, pues toda resistencia es inútil: la huida. Pero, ¿qué hombre de veinte años huye de una mujer hermosa?

— Ha descrito usted en pocas palabras mi tenaz labor de tres meses, — siguió diciendo Amalia de Vegairene. — La araña no es más paciente en la espera ni el gato más rápido y vigilante. Con sagacidad y alevosía, con perseverancia de insecto y crueldad de felino, di vueltas alrededor de aquel muchacho un tanto pusilánime. Vencí su comprensible timidez y desperté su deseo. Al subyugar, quedé subyugada. Le brindé en efecto una virginidad: la de mi espíritu. Yo no había amado jamás y amé a Horacio Garza con la violencia de una pasión primera y criminal y con la desesperación de una mujer que ve aproximarse la vejez y anhela ganar el tiempo perdido para la verdadera vida aprovechando intensamente los pocos años que le restan.

— El amor, que en todo momento es dolor, a esa edad es demencia suicida y homicida. El instinto gana en violencia lo que pierde en tiempo — apuntó Conrado Brassa.

— Aquella pasión prodújome un rejuvenecimiento. La alegría de la naturaleza prueba su eterna juventud. La alegría de mi alma advertíase en mis miradas, en mis charlas, en mi sonrisa, en mi agilidad y en mi estudiada, aunque discreta, elegancia. No sólo los ojos y la boca, sino todo el cuerpo revela el estado de ánimo. Conociendo el valor de lo que daba, hice el regalo de mi carne como quién brinda un imperio.

— La caída en esas circunstancias — volvió a comentar Augusto Campo Verbel — tiene todas las características de un acto trascendente. No es la simple y brutal unión de los sexos; es la escena culminante de una comedia desarrollada con esmero. Como la sorpresa no entre en juego para nada, todo está preparado y previsto. La mujer se cubre con su pudor como con un velo, que no se descorre sino con fingida resistencia, aunque tiene el talento de poner en ésta una gracia inimitable, y ofrece a su víctima, convertida por ficción en victimario, una especie de inocencia que, por lo inaudita y lo admirable de la simulación, constituye un regío presente. Todo es armonioso y sereno en esa caída. La mirada, la sonrisa, el traje, el peinado, el movimiento de la mano que arregla un rizo rebelde, todo se complementa, todo se desenvuelve rítmicamente formando un conjunto perfecto. Es una obra maestra, no por desconocida menos grande que las obras de arte que honran al genio de la humanidad. Una mujer de treinta y cinco a cuarenta años no ofrece nunca el espectáculo que me permitió presenciar una casada de veinte y ocho, que fué mía. Arrodióse delante de mí y juró por las cosas sagradas del cielo y de la tierra y por su honor (oh, ironía!) que no reincidiría en falta tan grave, lo que no obstó para que antes de una quincena se hallase de nuevo en mi alcoba. Una mujer de cuarenta, después de la caída, se apresura a dar a comprender sin palabras la satisfacción que le ha procurado su sacrificio; pero dando a comprender a la vez, discretamente, que esa satisfacción, más que por el placer recibido, es por el placer proporcionado.

Amalia de Vegairene, sin preocuparse de esta cruel vivisección, reanudó su relato:

— En una continua fiesta de la carne, en una intensa embriaguez de los sentidos, pasamos varios meses. Mi marido, después de una agitada campaña electoral en que salió victorioso, resolvió, a fin de

descansar, marcharse a uno de los establecimientos de campo que poseíamos. Invítome a partir con él. Acepté, pero obrando de manera de conseguir que el secretario también fuera. Llegamos a "Los Juncos" una clara mañana de verano. Recuerdo con precisión aquella mañana, porque a partir de entonces los sucesos de mi vida se desarrollaron con rapidez vertiginosa. Pocos lugares hay en el país más hermosos que "Los Juncos". La casa se hallaba sobre una pequeña altura: era un edificio construido y decorado según indicaciones de mi marido, que era un hombre de buen gusto. Al pie de la pequeña altura corría una riachuelo que se deslizaba lentamente y sin ruido como una serpiente domesticada. La falda, de suave declive, era toda un jardín lleno de flores exóticas. A lo largo del riachuelo, que hacía un codo alrededor de la loma, tan cerrado que casi era un círculo, había una avenida enarenada bordeada de árboles umbrosos. Desde el día mismo de nuestra llegada, Horacio Garza y yo comprendimos que, mientras estuviésemos allí, nuestras entrevistas iban a ser muy difíciles. Mi marido, que había tomado en serio lo de su descanso, no hacía absolutamente nada, salvo leer y pasear. De tarde en tarde, por excepción recorría a caballo las tierras dedicadas al cultivo o a la ganadería. Esos eran los únicos momentos de que disfrutábamos Horacio Garza y yo; pero para amantes acostumbrados a la libertad de las citas en lugar seguro no era suficiente. Aquella situación no duró mucho. La presencia de mi marido era indispensable en la ciudad y fué reclamada por sus amigos.

—La política es más absorbente que una mujer enamorada y más exigente que una bailarina — dijo Juvenal Reyser.

— La banca es tanto o más absorbente que la política, — observó Anthony Silverfield. — Cuando un hombre de negocios ha ideado una combinación y comienza a desenvolverla, nada debe desviar su atención, porque las distracciones suelen ocasionar el fracaso. En esas circunstancias se olvidan los escrúpulos y se entra francamente en el terreno de la amoralidad. No se procede así por perversos sentimientos ni por una marcada inclinación al mal, sino por la necesidad absoluta de salvar el propósito en marcha. Se arruina a un hombre o se destruye a una familia por la misma causa que Napoleón en Austerlitz ordena cañonear el hielo por donde se retiran las tropas enemigas derrotadas. La compasión es un sentimiento propio de los que no tienen sobre sí el peso de una grave responsabilidad. Pero advierto que estoy distrayéndoles. Continúe, señora.

— La hora del dolor, compañero inseparable del amor, había so-

nado. Como si la dicha fuera un delito, la naturaleza quiso castigarme por los meses de honda y fuerte felicidad que había vivido. Julio Emilio de Vegairene partió para la ciudad, a hundirse de nuevo en la tumultuosa corriente de los asuntos públicos, teniendo que dejar a su secretario, que había caído ligeramente enfermo. La mano de Dios se cernía ya sobre nuestras cabezas. El mal que aquejaba a Horacio Garza, que se creyó en un principio pasajero, se agravó repentinamente. Yo le cuidaba con toda la abnegación de una amante en el período álgido de la pasión y con toda la delicadeza de una hermana buena. Hice venir a un médico. No llamé a Carlos del Pozo, porque se encontraba ausente en no sé qué país lejano. El facultativo declaró que había pocas esperanzas de salvar al enfermo y éste, conociendo la gravedad de su estado, me pidió que escribiera a una tía suya, que vivía en una suburbio de la capital. El nombre de la mujer hirió dolorosamente mi memoria. Hermenegilda Rossi era un nombre ligado de modo extraño y penoso a mi existencia. Cumplí los deseos del enfermo y dos días después de escrita mi carta, la mujer llegó a "Los Juncos". Serían las dos de la tarde. Horacio Garza dormía. Me hallaba en una salita inmediata a la pieza del enfermo cuando Hermenegilda Rossi fué anunciada. Sentí un leve estremecimiento, como si hubiera presentido que el infortunio acababa de tocar a mi puerta. La mujer entró y al verla, por sus modales torpes, sus zapatos, sus gruesas manos y su peinado sin gracia, comprendí que delante de mí tenía a un aldeana. Sentí una emoción profunda y debía ponerme muy pálida, porque Hermenegilda Rossi, olvidándose del enfermo, que era lo que allí la llevaba, me preguntó: "¿qué tiene usted, señora?" "Nada, — repuse. — Un mal recuerdo". Algo más fuerte que yo misma, algo que estaba por encima de todos mis escrúpulos y de todos mis temores, me obligó a interrogar: "¿Ha estado usted alguna vez en Loreto?" "Allí nací, señora, y de allí me fui a la ciudad con mi sobrino hace tres años". Temblando, doliente, con una angustia infinita, volví a decir con voz apagada: "¿De quién es hijo su sobrino? ¿De un hermano o de una hermana de usted?" Hermenegilda Rossi guardó silencio y se quedó mirándome. Mi acento angustiado, mi inquietud, la fijeza de mi mirada, atrajeron su atención. Yo había clavado los ojos en ella, deseando leer su pensamiento y convencida ya de que mi vida entera pendía de sus labios. De repente su rostro cambió de expresión, perdiendo el aire de reserva que hasta entonces había conservado. Preguntóme también conmovida: "¿Es usted la amiga de Teresa Wilson?" Este era el nombre de la sirvienta cómplice de mi primera falta.

Amalia de Vegairene calló un instante. Había tanta pena en su voz y en su cara que se veía claramente que estaba viviendo de nuevo la terrible escena recordada. Conrado Brassa y Anthony Silverfield, los únicos que podían darse cuenta plenamente del dolor de la viuda, estaban rígidos, como estatuas.

— Quedé anonadada, — siguió la narradora. — Torné a preguntar, sin embargo: "¿De modo qué si yo fuera la amiga de Teresa Wilson, Horacio Garza sería mi hijo?" "Sí!" afirmó aquella mujer, que según me manifestó más tarde, habíame entonces reconocido por completo. La brève sílaba me produjo el efecto de una puñalada. Una puñalada en plena alma y en plena dicha. Tras una pausa, llena de quién sabe que justas recriminaciones de parte de ella y de parte mía de un intensísimo pesar que me privó momentáneamente de pensamiento, reaccioné. Dije que, dado el estado del enfermo, convenía no comunicarle asunto de tanta importancia, que debíamos aguardar a que se mejorase para hacerlo, que lo más indicado era que yo misma le anunciara nueva tan extraordinaria, que yo prepararía su ánimo con la mayor habilidad posible y, en fin, que ella debía prometerme continuar guardando el secreto, condición indispensable para ya poder labrar su felicidad y la del joven cosa fácil, gracias a las influencias de mi marido. Hermenegilda Rossi aceptó todo lo que propuse e hizo la promesa requerida. Su codicia se había despertado. Nuestros cuidados, el acierto del médico y, sobre todo, la juventud de Horacio Garza dominaron en breve la grave enfermedad iniciándose una reacción favorable. Confieso que a medida que aumentaban las esperanzas de un total restablecimiento, una gran tristeza se iba adueñando de mi espíritu. Un sentimiento recóndito, un anhelo oculto en lo más profundo de mi alma, iba lentamente tomando cuerpo. "Sería mejor que se muriera", era una frase que traducía, aunque no muy fielmente, tal anhelo. Pero algo gritaba en mí: "¡Qué viva. Esa es carne de tu carne". Y entonces me dedicaba con más ahínco, con mayor abnegación a su cuidado. A veces me dominaba un deseo casi incontenible de eliminarme, dejando una carta a mi marido para decirle que aquel era el hijo de mi falta y rogarle que no lo abandonara. Mi cobardía y un ansia inmensa de redimirme en el futuro mediante una consagración absoluta a mi marido, a mi hijo, al bien, vencían al tenaz deseo. Pero el hijo era el amante. Este pensamiento, como un ascua alimentada por el diablo me quemaba continuamente las entrañas. Para intensificar el sufrir de mi tortura, la idea de hijo se esfumaba en ocasiones de mi mente, donde quedaba clara, precisa, alucinante, la

idea del hombre amado y un "¡No puede ser!" surgía como un alarido del fondo mismo de mi corazón. Dormía poco y muchas veces a altas horas de la noche me incorporaba en el lecho para gritar esas tres palabras, que eran en definitiva la expresión escueta de mi última esperanza. "No puede ser! No puede ser!" Sin embargo, era. Dios no quería ahorrarme la más mínima parte del martirio y me castigaba por una falta de que yo no era sino a medias responsable y por el eximen de haber olvidado mis deberes maternos. Temí volverme loca, pero esa dicha no era para mí. Estaba destinada a nuevos sufrimientos. Cuando el dolor hace presa a un ser humano no lo deja hasta que lo aniquila.

— Abrevie! — exclamó Carlos del Pozo en tono lleno de misericordia. — Sufre usted demasiado.

Anthony Silverfield miró al que interrumpía con aire de contrariedad. Al día siguiente me manifestó confidencialmente que en el relato de aquella desgraciada mujer veía reproducidos muchos de sus propios pesares, y que esto le causaba una satisfacción morbosa.

— Mes y medio después de declarado el mal Horacio Garza entró en franca convalecencia. Hermenegilda Rossi regresó a la ciudad. Su partida señaló el comienzo de una lucha conmigo misma y con el convesciente. Todas las noches, sola en mi alcoba, tras de examinar el pro y el contra y las diversas posibles consecuencias, resolvía decir a Horacio Garza la verdad; pero en la mañana, al encontrarle en el jardín, al recibir su beso apasionado en los labios, un sentimiento complejo, mezcla de temor, de vergüenza y de ansia de evitarle un pesar, me contenía. Comprendía yo que, al confesar, perdería al hijo y al amigo. Nuestro pasado de placer sería un perpetuo obstáculo para la felicidad y la garantía segura de separación. Si el olvido completo y definitivo fuera posible! La peor de las torturas se inició cuando Horacio Garza, totalmente restablecido, empezó a reclamar el derecho que todo hombre cree tener sobre la mujer que ha sido suya. Fué aquello una verdadera persecución. Resistí vigorosamente. Alegué que el médico habíale ordenado un reposo absoluto, que le prohibía toda excitación y todo esfuerzo, que cualquier desgaste sería fatal a su debilitado organismo. Inventé cuanta razón se puede arguir en ese caso; pero la real causa de mi resistencia, esa no me atrevía a expresarla. Mi miedo de hablar aumentaba con el transcurso de los días. Me convencí al fin de que no hablaría nunca. La confesión era superior a mis fuerzas. Mientras tanto Horacio Garza extremaba sus tentativas. Rogaba exigía, se indignaba. A menudo intentaba despertar mis sentidos por

medio de caricias cuya eficacia conocía. Trataba de sorprenderme en mi alcoba o en el baño y en cierta oportunidad llegó hasta la violencia; pero todo era inútil. Sin ser nunca brusca, compadeciéndole en el fondo, pues mi desgracia era también su desgracia, ofrecí siempre una resistencia inexorable. Como es natural, mi actitud empeoraba la situación.

Hizo Amalia de Vegairene una pausa para ordenar, probablemente, sus recuerdos.

— A medida que el tiempo pasaba mi martirio disminuía en intensidad. La terrible declaración de Hermenegilda Rossi, si bien no se borraba de mi memoria, iba perdiendo su fuerza torturante. Hubo ocasiones en que me imaginé que aquella horrible verdad no era más que una infernal pesadilla. Horacio Garza seguía insistiendo y yo me iba habituando a la idea de sus persecuciones. Ya no huía, me limitaba a rechazarlo. Estaba un tanto cansada de aquella lucha de todos los instantes. Había tomado yo la costumbre de pasearme diariamente por la avenida existente a lo largo del riachuelo. Una tarde, a la hora de la siesta, me senté, fatigada del paseo a la sombra de un árbol añoso y me puse a leer un libro erótico recién publicado. Al igual de todo el que no da satisfacción a sus sentidos, me agradaba esa clase de lecturas. Hallábame absorbida por el interés de una escena muy bien descrita cuando sentí que alguien me besaba en la nuca y que un brazo me rodeaba audazmente el talle. Horacio Garza se sentó a mi lado. Permanecí inmóvil y callada. Una sensación dulce y penosa se había apoderado de mí. La boca del hombre buscó la mía, que la acogió pasivamente. La dulce y penosa sensación indescriptible creció en violencia y me tiranizó, y el hecho criminal, espantoso, irremediable, tuvo lugar en medio del silencio de las cosas quizás estupefactas.

El horror del acto pesaba sobre nosotros. Yo estaba anonadado Anthony Silverfield sonreía vagamente.

— En el momento culminante de aquella unión monstruosa surgió de mi corazón un remordimiento prematuro y, dominada por este dolor inconcebible al par que por el goce físico que experimentaba, lancé desde lo más hondo de mis entrañas un grito único y tremendo "Hijo de mi alma!" Horacio Garza se alzó rápido, como atacado por un enemigo invisible. Yo estaba casi muerta. Fijó en mí fuertemente sus ojos espantados. Todo lo debió adivinar en ellos, porque sin pronunciar una palabra se alejó tambaleando. No he vuelto a verle ni he sabido más de él.

Sobrevino un silencio doloroso. Amalia de Vegairene inclinó la

cabeza y su cuerpo se dobló sobre la mesa, como tronchado de un hachazo. Al cabo de un rato, la mujer agregó:

— Ahora comprenderán por qué aseguré que desde hace veinte años no hago más que vegetar. Mi vida, mi verdadera vida acabó bajo aquél árbol. La naturaleza, que es ciega, se suele exceder en sus propósitos. Mi existencia demuestra que es imposible luchar contra el instinto. Este vence siempre, aunque sea en su propio perjuicio.

Juvenal Reyser, dijo:

— El instinto, señora, es la fuerza de Dios.

Pedro Domínguez

LOCION HIGIENICA
DE EUCALIPTUS

DE
RUIZ y ROCA

QUITA TOTALMENTE LA CASPA
EVITA LA CAIDA del CABELLO

Pidase en las buenas Farmacias,
Tiendas, Peluquerias y Perfumerias.

Eau de Cologne

Flora

Extra fina

De exquisita e inconfundible fragancia.

Frasco grande . \$ 7.—

" medio. . " 4.30

Pídala en Farmacias
y Perfumerías



BLAS L. DUBARRY

MEDRANO, 476

Buenos Aires

Otero y Co. impresores, Perú 856-58 Bs. As.



Así como se ha comprobado que ciertas bellezas necesitan de las brisas marinas para reponerse y adquirir lozanía, también ciertos organismos faltos de elementos para asimilar deben procurar su reposición usando

“SARGOL”

el cual contiene una combinación química que permite a los delgados la absorción absoluta de los alimentos, comprobándose su eficacia por un aumento inmediato de carnes desde las primeras tomas.